

Comparaciones reales

Este lunes, por fin, enterraron a la reina.

En medio de todo este lío, era inevitable que en algún momento alguien se animara a establecer una comparación entre Isabel II y Juan Carlos I. En las páginas de este periódico, el mérito corresponde a Laurence Debray, una de las pocas apologetas del rey Juan Carlos I y alguien que opina sin pelos en la lengua.

(...)

Peculiar, sin duda, es la comparación que ofrece entre las sociedades británica y española por lo que toca a sus comportamientos y actitudes con respecto a Isabel II y Juan Carlos I, respectivamente. Mientras que los británicos, a su juicio, forman una sociedad unida en torno a su reina, cuya muerte ha supuesto una inyección de cohesión y fraternidad, los españoles, divididos en bandos ideológicos, somos incapaces de valorar y celebrar conjuntamente a Juan Carlos I.

Según Debray, el reinado de Isabel II palidece ante el de su homólogo español: la reina británica no tuvo que “forjar una democracia” ni parar un golpe de Estado. Durante su largo reinado, se produjo la descomposición del Imperio Británico e incluso el aislamiento de su país tras el abandono de la Unión Europea. En cambio, Juan Carlos I colocó a España en la escena internacional. Y, pese a estos logros tan dispares y favorables sin duda al rey de España, Isabel II se ha ido a la tumba en loor de multitudes, mientras que Juan Carlos I vive un triste exilio en Abu Dabi, capital de los Emiratos Árabes Unidos, repudiado por su pueblo, un pueblo ingrato y desagradecido que no sabe apreciar los servicios prestados por el monarca.

De acuerdo con la sagaz observación de Debray, en ambas monarquías se han registrado algunos incidentes desgraciados, pero incluso en este terreno la Monarquía española sale bien parada: más grave le parece a la autora del artículo el escándalo del hijo de la reina, el príncipe Andrés, involucrado en la trama de Jeffrey Epstein, que “una cacería de elefantes y una cuenta bancaria en Suiza”.

No puedo estar más en desacuerdo con Debray: el pueblo español ha sido increíblemente agradecido, pues durante décadas hemos celebrado la contribución del rey Juan Carlos a la democracia, prefiriendo hacer la vista gorda sobre todo lo demás. Una vez descubierta la cara oculta de la Monarquía, muchos monárquicos han intentado salir del paso mediante un cálculo utilitario *sui generis* según el cual, si se ponen en un plato de la balanza las contribuciones políticas del monarca y en el otro sus abusos y corrupciones, pesa más el primero que el segundo. Consecuencia: echemos un tupido velo sobre los comportamientos *dudosos* del rey y santifiquemos su papel en la Transición.

Es este un agradecimiento, quizá, excesivamente generoso, pues que la Monarquía haya actuado así durante décadas habla mal de la institución y de la jefatura del Estado, pero habla aún peor de nuestro sistema democrático. La inmensa mayoría de las élites políticas y mediáticas han actuado en este asunto más como unos *serviles*, por utilizar la expresión que se popularizó en las Cortes de Cádiz, que como verdaderos *ciudadanos*.

El servilismo hacia el rey no es una buena estrategia. En España se ha practicado durante décadas y el resultado no puede ser más descorazonador: a la vista de todo lo que se ha ido sabiendo, la sociedad está profundamente dividida. El principal baluarte del sentimiento monárquico lo forman los mayores de 60 años, es decir, las generaciones que vivieron el final del franquismo y la Transición. Los más jóvenes sienten indiferencia o rechazo. En las izquierdas, predomina el ánimo republicano. Y en el País Vasco y Cataluña, la valoración popular de la Monarquía, según constatan las encuestas, es catastrófica.

No es buena cosa que la jefatura del Estado parta un país en varios trozos. Pero la responsabilidad de que la situación se haya deteriorado tanto no corresponde, me parece, a la sociedad civil española, sino que es resultado de la impunidad que se le ha garantizado durante tanto tiempo a Juan Carlos I. No se quiso ejercer control alguno por miedo a la posible reacción ciudadana, por miedo a la posible inestabilidad política, por miedo a revisar los consensos de la Transición, como si los ciudadanos no pudieran asimilar que su rey se estaba comportando de aquella manera. Al final, las cosas han explotado y, mal que le pese a Laurence Debray, Juan Carlos I nunca podrá ser celebrado como lo ha sido Isabel II. El daño que el anterior rey ha realizado a la institución que tanto admira Debray tardará mucho tiempo en ser reparado, si es que alguna vez se consigue.

